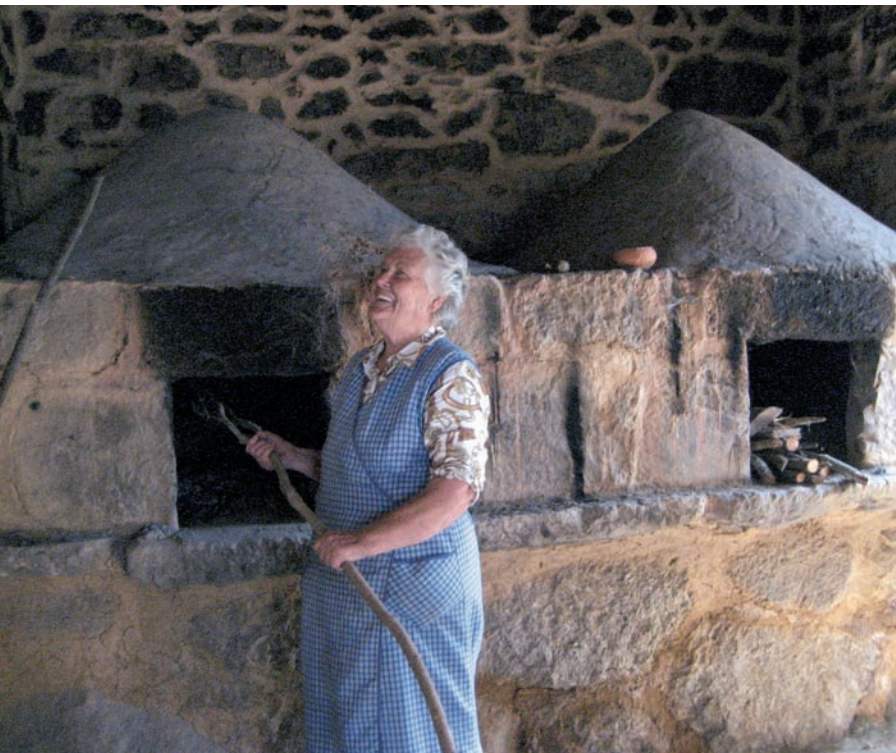


Peña Trevinca (Ourense-Zamora)

Recuperación de edificios de carácter etnográfico

TAL COMO ÉRAMOSROSA M^a RUIZ ALEJO. Unidad de Promoción y Animación.

Con una sonrisa dibujada en la boca, Maruxa recuerda cuando el horno de Espiño funcionaba a pleno rendimiento. Entonces, ella era todavía una niña, pero no olvida el aroma de los bollos preñaos ni del pan recién hecho. “Nos juntábamos aquí todos, y hacíamos la masa. Entonces no había trigo y usábamos centeno, a mi me dolía el estómago con ese pan”.

Maruxa, nos muestra el funcionamiento del horno del pueblo en Espiño.

Maruxa es uno de los voluntarios que participa en La Red Etnográfica de A Veiga, un proyecto cuya idea comenzó a fraguarse hace ya ocho años y cuyo objetivo era crear un nuevo concepto de museo etnográfico, donde las edificaciones y los utensilios permanecieran en el lugar al que pertenecen para que la gente pudiera disfrutar de ellos en su contexto original.



La señora Raquel, una de las voluntarias, bailando el lino para sacar el hilo.

Junto a Maruxa, otros tantos voluntarios, todos ellos mayores de 65 años y habitantes de las aldeas de A Veiga, se encargan de enseñar a todo aquel que se acerque a la zona los otros ocho edificios que pertenecen a esta red: tres molinos hidráulicos, dos telares, un puente, una forja y una pelleira. Los criterios para escogerlos fueron sencillos: “Buscábamos que fueran distintos tipos de construcciones, forjas, telares, hornos... y después estaban los molinos, que eran más numerosos y que se eligieron prácticamente por el entorno en el que se encontraban” comenta Gloria Luis Santamaría del Concello de A Veiga.

Conscientes de este importante legado, el Concello decidió proteger los núcleos rurales de especial relevancia para preservar a su vez estos edificios, ya que “se encontraban, en cierta medida, estancados en el tiempo, empobrecidos, casi en ruinas y quisimos recuperarlos y rehabilitarlos”.

La idea era buena, pero no recibió el apoyo esperado, según continúa Gloria. “Pedimos

ayuda a distintas instituciones, pero no fue suficiente y el proyecto quedó estancado”. Casi un año más tarde y con la ayuda del entonces alcalde, Vicente García Carrasco, que les dejó utilizar una partida de obras de la Xunta, por valor de cinco millones, pudieron iniciar el proyecto. “Además aprovechando que en aquel momento se estaba creando el Grupo de Desarrollo Rural Peña Trevinca, decidimos ampliar el proyecto y pedir una subvención a LEADER+, sin ellos no lo hubiésemos logrado”.

Las obras pretendían principalmente afianzar las paredes, tejados y entramados de los edificios. “Los hornos, por ejemplo, estaban inservibles, tenían agujeros y tuvimos que reconstruirlos varias veces”.

Bailando el lino

La señora Raquel nos recibe en Requeixo, ella se encarga de enseñar la Palleira que cedió en su día junto al señor Lucas, y que acoge El Museo del Lino. Algo contrariada, porque los ratones han acabado con las semillas que guardaba, se acerca a los utensilios para enseñarnos el proceso que sigue el lino antes de convertirse en camisas, colchas o mantas. “Cuando echa la flor hay que arrancarlo de raíz y quitarle las semillas. Hacer manojos grandes y llevarlos al río donde se dejan debajo del agua ocho días”. Se seca, maza, frota y espada para quitar “lo malo” (estopa). Y continúa “hay que bailar y sacar el hilo, hacer muchos ovillos para hacer el sarillo y luego las madejas. Lo cocemos en agua de ceniza y se lava y blanquea con grasa y huesos de jamón bien comidos y chupeteados”. Una vez hecho esto se pone en la urdidera para poder hacer la pieza y colocarla en el telar donde podremos empezar a trabajar con ella.

“De la estopa, se hacían sacos, calzoncillos y jergones para dormir; del lino las sábanas, camisetas para las mujeres...”. Este pequeño museo alberga una gran cantidad de utensilios necesarios para realizar todo este proceso y que han ido cediendo los vecinos del pueblo. “Ahora sólo falta unas plaquitas con el nombre de cada cosa”, exclama la señora Raquel, que después de que sus hijos la llevaran a Vigo a ver algunos museos, tiene muy claro como quiere rematar su pequeño tesoro etnográfico.

Gloria comenta que las gentes de los pueblos se sorprendieron mucho cuando empezaron a llegar los primeros visitantes, “para ellos eran cosas cotidianas y no entendían qué podían enseñar o aportar ellos a los estudiantes y gentes que venían, ahora saben que tiene que ser algo importante cuando la gente se molesta en venir hasta aquí para verlo”.

Nos acercamos hasta al Molino de Corzos, que situado a la orilla del río ha visto pasar 90 años. Fue construido por comuneros y como no había molinero, cada uno molía su grano. “Era el más industrializado, recuerda Gloria, y construyeron un pequeño canal para reservar agua para cuando el río llevara poca presión. De sus dos ruedas, una vino de Burdeos en tren y luego con bueyes”.

Y así, cada día estos voluntarios acercan al visitante los modos de vida de antaño y su labor ha sido recompensada con el premio AGADER de embellecimiento del medio rural gallego en el 2003. Con su dotación subvencionaron los gastos del material de promoción de la ruta. Ahora su principal preocupación es el mantenimiento y la promoción. “Somos un concello pequeño, y estos museos, están vivos, crece la hierba, los árboles y tenemos pocos medios...”, suspira Gloria, “además no está explotado convenientemente, no se conoce mucho aún y no se le da el valor que realmente tiene porque no se consideran monumentos. Y es cierto, no tenemos catedrales ni nada parecido pero sí otro tipo de “monumentos” de menos valor artístico pero de mayor valor cultural y etnográfico”.



Tito trabajando una reja, utilizada para arar los campos, con la maza y el yunque.

Al rojo vivo

En Corzos se puede visitar la Forja del Pueblo, construida a mediados del siglo XIX y que se conserva prácticamente intacta. En ella se elaboraban herramientas y útiles para el campo, arados, rejas, herraduras, punteros... “Aquí no había herrero, así que venía uno y se quedaba aquí el tiempo suficiente para hacer los trabajos que le encargaban” comenta Tito, que dejó el tráfico de Madrid y su taxi para volver a su aldea natal. “Se trabajaba con pequeños trozos de hierro al rojo y se moldeaba con la maza utilizando el yunque. Cuando se tenía la forma exacta se metía en agua o en la tierra para templarlo”.